

Pasado

Manuel Campa

Parecía que íbamos en el túnel del tiempo, embalados hacia el pasado, reproduciendo la vida española estampas de hace muchos años, como ocurrió recientemente en El Escorial, o en Roma, cuando surgen signos de normalidad en nuestra relación con la memoria histórica. Hace unos días, se conmemoraba en la Plaza de la Cebada de Madrid el 179 aniversario del ahorcamiento de Riego. Por cierto, la placa que se descubrió es bien pobre, y no se corresponde con las que, habitualmente, se encuentran en la capital del reino dedicadas a personajes ilustres. Sin embargo, es alentador que se reparase la injusticia histórica de silenciar un hecho tan notable. Es verdad que la vida se hace con vistas al futuro, pero el trato que damos al pasado es siempre revelador. Los españoles empezamos a enfrentarnos, por fin, a nuestra última contienda civil con total normalidad, “sine ira et studio”, interesándonos también por la suerte de los vencidos que están enterrados en campo abierto. Hasta la prensa internacional –como el New York Times- advierte este signo de madurez en el cambio de actitud de la sociedad española en la consideración de nuestro pasado. Hace ya bastantes años que llegar a Alemania significa encontrarse con exposiciones y congresos sobre la 2ª Guerra Mundial. En este sentido, es admirable el interés multitudinario que despierta la actual exposición sobre el exilio, que se exhibe en el Palacio de Cristal del Retiro madrileño, donde, especialmente, llama la atención la presencia de numerosos jóvenes, que aspiran a un conocimiento cabal de nuestro pasado. La conmemoración de la muerte de Riego en el cadalso ha tenido varias implicaciones. Por lo pronto, pulverizó los empeños de nuestra derecha –presuntamente liberal- en declararse la legítima heredera de Riego. Unas cuantas banderas tricolores ahuyentaron la participación en el acto de algunos pesos pesados de la derecha, que habían anunciado su presencia. Desgraciadamente, nuestra derecha no viene de Riego, sino, más bien, de sus verdugos, y, últimamente, procede aun más de AP que de la UCD. Pero tampoco, tocante a los orígenes, la izquierda está libre de culpa. Goethe sostenía que lo que se hereda de los mayores hay que conquistarlo, y, durante la última transición a la democracia, apenas se citó a Riego, cuya figura quedó disponible para la manipulación. Algo parecido sucedió con Azaña, por lo que incluso Aznar se permitió algún pinito con la figura del político republicano. Es muy saludable que el presidente del PP lea a Cernuda o a don Manuel Azaña, y que también recomiende esas lecturas a Ana Botella, sobre todo si ésta entra en política. Pero esa ostentación pública de las lecturas del presidente no puede encubrir, ni hacer olvidar, los intentos del gobierno nacional español de conseguir del régimen de Vichy la repatriación forzosa del moribundo republicano para que compartiera la suerte de Companys, Zugazagoitia, Cruz Salido y tantos otros. En un último gesto de elegancia espiritual, Azaña emigró más allá de todo horizonte en Montauban (1940), evitando así el denigrante final que se le preparaba. Un ayuntamiento de derechas, el de Madrid, ha descubierto una placa en honor de Riego. Aunque la placa es pobre, de mala calidad y poco expresiva, felicitémonos de que, por fin, los españoles nos reconciliemos con nuestra historia de los dos últimos siglos en la Plaza de la Cebada y en el Palacio de Cristal del Parque del Retiro de Madrid.